

LA NOVELA

26

METRO - GOLDWYN

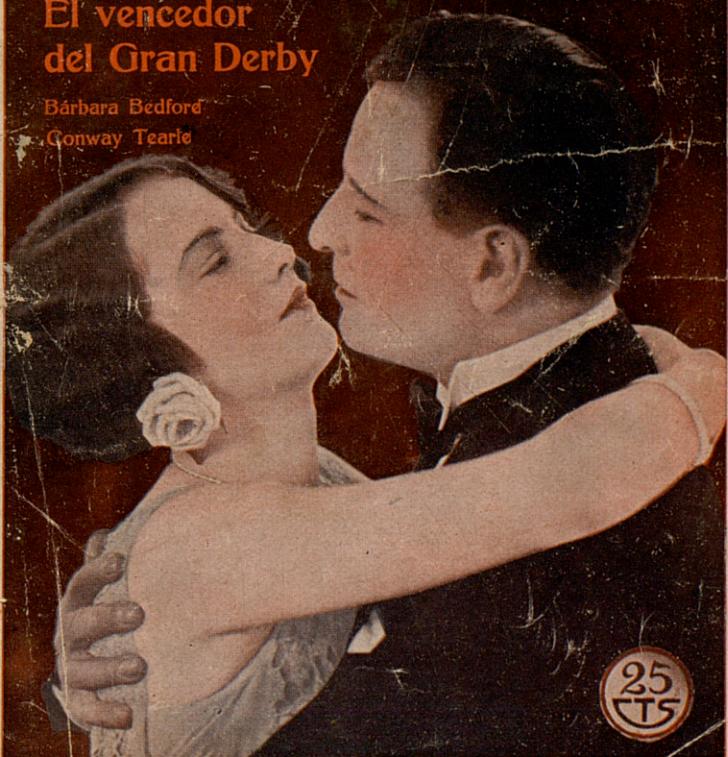
CORPORATION



El vencedor
del Gran Derby

Bárbara Bedford

Conway Tearle



25
CTS

DUNLAP, Scott

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm. 26 METRO-GOLDWYN-MAYER 25
:: y FIRST NATIONAL :: Cénts.

Ediciones BISTAGNE.-Pasaje de la Paz, 10 bis.-Barcelona

El Vencedor del Gran Derby

(SMOKE BELLOW, 1929)
Sugestiva producción, interpretada por

CONWAY TEARLE
y BÁRBARA BEDFORD

Foto. de J.O. TAYLOR i JOE WALTERS

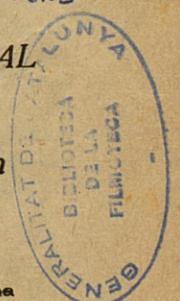
Es una película FIRST NATIONAL

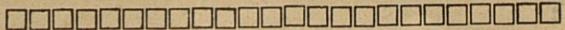
DISTRIBUIDA POR

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA

J. Horta, impresor. - Cortes, 719, Barcelona





El Vencedor del Gran Derby

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

Argumento de la película



El castillo de Connaughton era el más soberbio de Irlanda. Su propietario, el capitán Terrence, de vuelta de las trincheras pasaba en él unas cortas vacaciones.

Era en los días de la guerra mundial cuando toda la nación estaba en armas.

Terrence había logrado unos días de reposo en su magnífico castillo, pero pasado el breve tiempo de descanso tenía que reintegrarse a la existencia melancólica del frente.

La ruina iba aniquilando la casa de los Connaughton. El castillo se hallaba hipotecado y poco a poco eran vendidas las tierras de los contornos.

Todo lo que quedaba de las famosas cuadras que fueron célebres en otros tiempos, era la yegua "Dama Suerte" con sus dos potros "Buena Suerte" y "Mala Suerte".

Antes de partir nuevamente para la guerra, el capitán Terrence ordenó a su jockey Miguel O'Down:

—Tengo que desprenderme de mis caballos. He vendido mi potro "Buena Suerte" a mi amigo Hunsley. Allí tendrá los cuidados que necesita y algún día quizás gane el Derby. Yo no puedo sostener esos gastos...

El jockey le escuchó con lágrimas en los ojos y Terrence, acompañado de su fiel criado y soldado Patrick, partió de su residencia en un carro al que llamaba pomposamente mi "Rolls-Royce".

Despidióse de Kelly, la mujer de Patrick, que le había visto nacer.

Aquel mismo día partió para la guerra en Flandes. Llevaba en el alma una gran melancolía. Su ruina iba haciéndose cada vez mayor y el patrimonio de los Connaughton se deshacía con una facilidad dolorosa.

Ya en el frente de batalla, olvidóse por completo de la gravedad de su situación económica. Había que vivir únicamente por el momento presente, pues el peligro de la guerra impedía pensar en el día de mañana.

Terrence mandaba una compañía en uno de los lugares del Iser, en Flandes. Hundidos en las fangosas trincheras se deslizaba el

tiempo de una manera estúpida como topos encerrados en la tierra.

Bajo las órdenes directas de Terrence se encontraba el teniente Archibaldo Algernon Hunsley, un buen amigo del capitán que había



Despidióse de Kelly...

adquirido el potro "Buena Suerte" para su magnífica posesión británica.

Hunsley pertenecía a una distinguida y próspera familia de Inglaterra.

Cierta tarde los dos oficiales hablaban en el interior de una trinchera sentados, a tosca

mesa. Les aburría aquella existencia de aparente tranquilidad donde sólo de vez en cuando sonaban unos tiritos traidores.

—¿Has visto guerra más absurda? — preguntó el teniente.

—Yo diría que ésta es la mejor guerra a que he asistido jamás, a no ser por la escasez de jabón — contestó Terrence.

Y contempló sus manos sucias, llenas de barro. ¡El, tan pulcro, tan fino en sus cosas!

—Patrick — dijo llamando a su asistente y criado.

—¡A la orden, mi capitán!...

—Busca por ahí... no creo que te cueste mucho encontrarnos un poco de jabón.

—Mi capitán, la cosa es tan dificililla... como si me pidiera que le trajese el kaiser en persona.

—Ya será más fácil... Anda...

Buscando por todas partes, el soldado irlandés pidió a sus compañeros una pastilla de jabón... pero nadie poseía un pedazo. Tuvo que confesar al capitán la imposibilidad de servirle.

Contrariado, Terrence vió entrar en su departamento al capitán Felipe Barton, militar también de aristocrática familia inglesa, cuya cuadra había rivalizado siempre en épocas de paz con los colores de Connaughthon.

—A propósito, Barton — dijo Terrence, admirando la limpieza y pulidez de toda la

persona de éste —. ¿Puede usted dejarnos un poco de jabón?

—Lo siento, pero no tengo. Poseo, sin embargo, un paquete de cartas limpias.

—Entonces... jugaremos...

Terence fué a buscar algún dinero en su equipaje. Mas, al pasar ante el sitio que ordinariamente ocupaba, vió una caja que olía a exquisita fragancia... y vió tres relucientes y rosadas pastillas de jabón...

—Ah, tuno! — dijo Terrence —. Y disimuladamente se guardó las pastillas en el bolsillo.

Barton sospechó algo de la maniobra y levantándose se dirigió hacia el lugar donde dejara la cajita. Sus sospechas eran reales... Las pastillas habían desaparecido.

Miró a Terrence que tenía una sonrisa irónica, y le dijo:

—¿Me quitó usted el jabón?...

—¿Cómo podía quitarle yo el jabón, cuando acaba de decirme que no lo tenía?

—Vamos... no se burle de mí.

—Me parece que se va usted poniendo bastante pesado. ¿No me dijo usted que no tenía jabón? ¿Por qué ahora lo reclama?

Barton aun seguro de que Terrence se lo había quitado no osó insistir más. Había él mentido primeramente y podían achacarle aquello a falta de compañerismo y voluntad.

—Bueno... no hablemos más de ello... y juguemos...

Como reinaba absoluta tranquilidad los tres oficiales organizaron una partida de *poker*.

Barton ganó dejando exhaustas las carteras de sus dos contrincantes. Pero Terrence entusiasmado no se dió por vencido y quiso un desquite.

—¿Insiste usted? — dijo Barton —. Hoy tiene el santo de espaldas.

—Pienso ganarle...

—Pero... ¿y dinero?...

—Le firmaré a usted un pagaré de quinientas libras. ¿Conforme?

—¡Aceptado!...

Jugaron otra vez y de nuevo la suerte vino a favorecer a Barton. Sus amigos se levantaron dando por finida la partida. Indudablemente estaban malos los tiempos para jugar.

—Bueno... — dijo Barton —, ¿y cuándo cobro esto?

—Tendrá usted que esperar hasta que yo vuelva a casa — dijo Terrence.

—¡Ah, no, es un plazo excesivamente peligroso! Nos pueden matar antes a los dos... Quiero una garantía...

—Pues no sé qué ofrecerle a usted...

—Una cosa. ¿No tiene usted el potro “Mala Suerte”? Cédamelo usted por las quinientas libras.

Hunsley rogó a Terrence que no se desprendiera de aquel potrillo, pero Terrence, hombre de honor, no queriendo tener sobre sí

la menor deuda, aceptó la proposición de Barton.

—¡Sea! — dijo —. A cambio del pagaré, mi potro... Voy ahora mismo a hacerle el documento de cesión.

Extendió un papel cediendo todos los derechos de propiedad de su potro “Mala Suerte” a favor de Barton.

Este, alegremente, se guardó el preciado documento en el bolsillo y, levantándose, exclamó:

—Les he limpiado a los dos, así ya no necesitarán jabón.

*
**

Poco después una de las balas que de vez en cuando lanzaba el enemigo, vino a herir gravemente al capitán Terrence.

Al principio creyeron que moría, tal era la importancia de las heridas. Fué trasladado a un hospital de sangre, detrás de la línea de fuego donde no volvió en sí hasta muchos días después.

Alzó los ojos y se encontró en una estancia

llena de camas donde otros desdichados sufrían también los trágicos horrores de la guerra. Una mujer, una de esas lindas enfermeras de la Cruz Roja, estaba junto a él sonriéndole cariñosamente.

El espectáculo triste se desvaneció para dejar ver únicamente a Terrence la suavidad de los ojos de aquella mujer suave.

—¿Sabe usted dónde está? — le preguntó la enfermera.

—¡Qué buena es usted! Me doy cuenta de lo grave que he estado... Por fortuna sus cuidados me han devuelto a la vida.

—No se fatigue hablando. Está usted muy débil... conviene que descance.

Y él cerró los ojos y sintió la mano de la enfermera que le acariciaba la frente.

En días sucesivos Terrence fué retornando lentamente a la salud: Había ya abandonado la cama y sentado en un sillón gozaba en el jardín de las horas de reposo.

En aquellos días de convalecencia Terrence sufrió las consecuencias de su brazo herido... y de un corazón que lo estaba todavía más.

El capitán se sentía realmente enamorado de la belleza de su enfermera. Los otros heridos, comenzaban a estar disgustados. ¡Qué pamplinero es ese hombre! — pensaban.

Necesitaba Terrence continuamente la ayuda de la linda mujer y uno de los soldados comentó al oído de otro:

—Hasta que le pongan un enfermero, este hombre no se pondrá bien.

—Creo lo mismo.

Pero el capitán pensaba que su salud era cada vez mejor y que pronto le darían de alta. Así es que, para evitar el peligro de tener que separarse de la linda enfermera, se quejaba constantemente de grandes dolores en la cabeza y en el brazo. No acababa de curarse, no... Pensaba tener ahora una enfermedad nerviosa.

Un médico le examinó y, viendo su estado de nerviosidad, dijo a la enfermera:

—Tenga usted cuidado con él... déle todo cuanto pida.

Terrence había escuchado estas palabras y de pronto tuvo una idea. La enfermera le había puesto el termómetro en la boca y el capitán puso el aparato en un cercano hornillo de te que, naturalmente, con su calor, hizo aumentar considerablemente la temperatura.

Luego volvió a ponerse el termómetro entre los dientes. Cuando llegó la enfermera, de despistar al médico, examinó los grados y se asustó:

—¡Pero, Dios mío... está usted muy mal... tiene mucha fiebre!

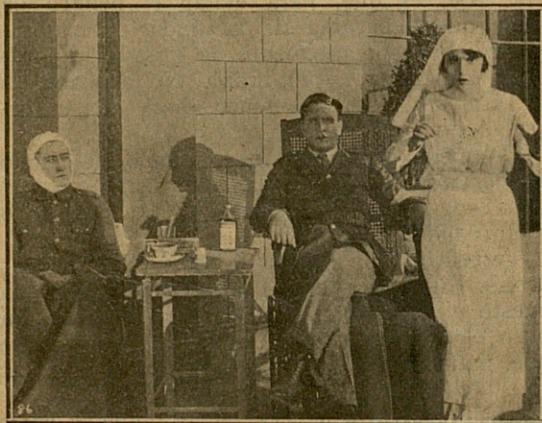
—Sí... sí... me parece que me voy a morir. Ay, yo no lo sé lo que tengo. Mire, hágame el favor... necesito un beso inmediatamente.

—Pero...

—Un beso... un beso... para curarme...

La joven enfermera no quiso negarse al capricho del militar, recordando el consejo del médico.

Y le besó hondamente, y el capitán enamorado, dijo:



—...hágame el favor... necesito un beso inmediatamente...

—Puedo tener otro, o es que estoy a dieta? Ella le dió otro beso... ¡Qué no iba a hacer por los gentiles militares de su país!

—Gracias... Ya me encuentro mejor... mucho mejor.

En aquel momento apareció un avión enemigo sobre el hospital comenzando a bombardear el edificio y unos cercanos depósitos de municiones. Advertidos del peligro todos se metieron en los sótanos.

—Venga usted — le dijo la enfermera —, nos meteremos en los subterráneos de este castillo hasta que haya pasado el avión.

Fueron allí. Los sótanos eran grandes, enormes, de modo que pudieron permanecer en un rincón, bien alejados de los otros refugiados. Se escuchaba desde allí, ligeramente amortiguado, el estruendo del bombardeo.

Estaban sumidos en una dulce penumbra. El capitán, acercándose mucho a ella, le dijo mirándola devotamente a los ojos:

—He estado pensando que...

—¿Qué?

—Pues... he pensado que sería mejor devolver a usted aquellos dos besos que le robé pretendiendo estar enfermo.

Y sin que ella pudiera protestar la besó dos veces en los labios...

Sorprendida la bella enfermera le miró aterrada.

—Pero... ¿qué hace usted? ¿Cómo se atreve?

—Es que te quiero... es que te amo... Me has devuelto la vida y has llenado de amor mi corazón.

La estrechó otra vez en sus brazos y la joven, enamorada también del mozo, no es-

quivó esos transportes de aprecio. Pero estallaron nuevas bombas y se hundió parte del sótano donde ellos se hallaban.

—¡Vamos a quedar enterrados!... — dijo ella, temblando.

—No temas, ángel mío. Soy fuerte... y abriré paso. Ahora necesito la vida más que nunca... para adorarte siempre...

Encontrando un azadón y una pala comenzó a derribar el montículo que habían formado las tierras removidas hasta lograr una abertura de luz... Ya tenían la puerta libre.

Antes de aparecer de nuevo al exterior, él la dijo con viva emoción:

—Yo te quiero... ¿me querrás tú también... siempre?

—Usted es un loco. No podemos hablar ahora de esto... tal vez cuando se haga la paz... Hoy me debo a todos, absolutamente a todos los soldados de Inglaterra... y nada más que como una hermana...

Y le dejó para ir a cumplir con su deber, mientras Terrence quedaba mirándola con una sonrisa melancólica.

*

Pasó el tiempo. Ya restablecido, el capitán Terrence tuvo que volver al frente de batalla...

No supo más de la enfermera; no se hallaba ya en aquel hospital de sangre. ¿Y cómo encontrarla en uno de los innumerables sitios de dolor que se extendían por el país?...

No había podido olvidarla, sin embargo. ¿La encontraría alguna vez?

Un día llegó el armisticio. Fueron licenciadas las tropas y Terrence volvió a su castillo de Irlanda. Tenía ahora dos problemas que resolver: reconstruir su fortuna y encontrar a la enfermera.

Después de pasar unas semanas en su castillo se despidió de Patrick y de su esposa y dijo:

—Me voy a Londres a ver a mi amigo Hunsley y pedirle trabajo.

Ketty, que estaba enterada por su marido de

los amores románticos del señorito, dijo alegramente:

—Veo por sus ojos que algo más que trabajo es lo que va usted a buscar a Londres.

—Tal vez sí... Ketty. Y voy a encontrar a esa enfermera, aunque tenga que buscar en toda Inglaterra.

Acercóse su fiel jockey Michael y le dijo, mostrándole un periódico:

—El caballo "Buena Suerte" que usted vendió a Lord Hunsley, es el favorito en las carreras del Derby...

—Celebraría que ganase... Hunsley es un buen amigo mío... y me pagó espléndidamente el caballo.

—¡Qué lástima, señor... no poder yo defender sus colores de usted!

—No te desanimes... algún día montarás otra vez algún caballo mío.

Patrick quiso seguirle con la fidelidad del buen criado, pero Terrence se negó:

—Esta vez te quedas en casa... yo me voy solo...

Y partió en su cochecito escuálido que llamaban todos el "Rolls Royce". Pero el criado Patrick, que había hecho la campaña junto a su señor, no estaba dispuesto a abandonarle. ¡Quién sabe si necesitaría alguna vez de sus servicios!

—Donde él vaya... voy yo... sea para la lucha o para los placeres...

Y se dispuso a partir hacia Londres aquella misma noche.

Al día siguiente, Terrence llegaba a la magnífica posesión que poseía su amigo el teniente Hunsley.

Era el castillo, una de las posesiones más ricas de Inglaterra, hogar de Hunsley y de su hermana...

Los dos amigos se abrazaron cordialmente.

—¡Qué placer verte por aquí Terrence! Supongo que ya sabes que tu antiguo caballo "Buena Suerte" es el favorito del Derby.

—Lo sé... y espero que ganará... Pero yo he venido a verte por si me es posible reconstruir mi fortuna. Estoy completamente arruinado.

—Ya veremos de arreglar tu situación. Por algo soy tu mejor amigo.

Terrence quiso marcharse, pero su amigo le obligó a permanecer en la casa.

—Tú te quedas con nosotros... Además, mi hermanita llega mañana de casa de unos primos. Ya sabes que siempre he querido que la conocieses.

—En este caso... me quedaré muy gustosamente.

—Yo te lo agradezco. Me harás también compañía. Por cierto que hace algún tiempo te escondo una mala noticia. Ese antipático Barton ha estado visitándonos últimamente varias veces... Y lo que es peor, creo que le gusta mi hermana.

—Y tu hermana, ¿qué dice a ello?

—Poco caso le hace... pero Barton es tenaz.
No sé cómo echarle de aquí...

No tardó mucho en presentarse en la finca el capitán Barton. Al ver a Terrence a quien siempre había odiado, no pudo ocultar un sentimiento desdénoso. Pero quiso disimularlo, y dijo:

—¿Usted aquí, Terrence? Supongo que habrá venido a ver cómo vence en las carreras mi caballo "Mala Suerte", el que le gané a usted en las trincheras, ¿se acuerda?

—No creo que tenga "Mala Suerte" muchas probabilidades de vencer. Yo apostaría por el caballo de Lord Hunsley. "Buena Suerte".

—¡Bah!... me parece que se equivoca.

—Lo veremos.

Como la hostilidad parecía acentuarse, los dos hombres dejaron pronto la conversación. Barton marchó prometiendo volver al día siguiente, para saludar a su querida amiga.

A la mañana siguiente, Terrence, huésped del Castillo, se levantó tarde. Después de almorzar se dirigió a pasear por las avenidas del magnífico parque. Quería respirar el sol y los perfumes que aromaban el ambiente.

De pronto, vió sentada junto a unos partidores a una hermosa muchacha. De lejos, aureolada por la luz, le pareció que la conocía. Fué acercándose rápidamente y su sorpresa rayó en lo extraordinario al encontrarse con la misma

enfermera que tan generosamente le había cuidado en el hospital.

—¡Amiguita... amiguita mía... qué casualidad!

—¡Usted... usted... capitán! — dijo ella, sorprendidísima.

Sin darse cuenta de lo que hacían se encontraron uno en brazos del otro y sus bocas se juntaron.

Pasados los primeros y jubilosos transportes, él la dijo con asombro:

—¿Cómo está usted aquí? ¿Qué hace en esta casa?

—Esto mismo le pregunto yo...

—Yo soy huésped de Sir Hunsley...

—Usted... ¿pues no me conoce?... yo soy Gwen... la hermana de Hunsley.

—¡Dios mío... qué felicidad!

—Tan amigo como soy yo de su hermano... y no haber adivinado nunca... quién era usted.

Otra vez volvieron a abrazarse y Hunsley sorprendió de lejos esas demostraciones de inmenso cariño.

—¡Diablo! ¿qué es eso? — se dijo estupefacto. — Mi amigo y mi hermana, de buenas a primeras... ¡Válgame Dios! No he visto una escena tan preciosa desde que un caballo le dió un puntapié a Barton...

Y acercándose sigilosamente a ellos, les dijo:

—¡Caramba... chicos... qué rapidez!

—Perdóname... Hunsley... soy un loco. Pero conocí a tu hermana en el hospital... fué

la enfermera que me cuidó generosamente. No he podido olvidarla.

—Bien... hombre... bien.

Gwen, roja como la manzana, cogió por la mano a Terrence y le dijo:



—...¡Dios mío, qué felicidad!

—Anda, vamos a pasear por el jardín...

Salieron los dos corriendo, mientras el teniente sonreía no pareciéndole ningún disparate la idea de que su amigo pudiera ser su cuñado.

Terrence al verse solo con su amiga pare-

ció reaccionar de su turbación. En aquel instante comprendió toda su situación. ¿Cómo iba él, hombre arruinado, a casarse con la bella y millonaria Gwen? Imposible... Creerían que había querido cazar su dote. Y esto era para un hombre de honor cuestión fundamental.

No pensaba así Gwen, que reía feliz y dichosa.

—¡Qué bien... qué ventura tan grande, amigo mío!...

Repentinamente, se había ensombrecido el rostro del antiguo militar. La miró con tristeza y le dijo:

—Chiquilla, no puede ser... es imposible nuestro amor.

—¡Imposible! ¿Por qué? ¿Qué significa tu extraña conducta?

—Ahora sé quién eres... nunca pude sospechar que fueras una muchacha tan rica... y debes olvidarme.

—¿Olvidar que te amo... y que me amas?

—Sí...

—¿Es que no me quieres?

—Sí, te amo... pero he de confesarte la verdad. Soy pobre... estoy arruinado... pienso que tendré que venderme el castillo de mis mayores... Y yo no soy un cazador de dotes.

—Entonces tu ridículo orgullo es más grande que tu amor?...

—¿Qué quieres? Ahora soy únicamente pobre... pero si perdiése lo que tú llamas mi orgullo... sería un miserable.

—Me pareces que vas por mal camino. No me debes amar mucho, cuando dices esto.

—Te quiero... pero no es posible. Nos separa una gran diferencia de posición... No será con una fortuna con quien me casaré...

—Es usted un tozudo orgulloso y merece mi desdén.

Y mirándole, ofendida, se alejó despóticamente. ¡Antipático! Y aquél era el amor prometido. ¡Orgulloso!

Terrence quedó abatido... ¡Qué pena tan grande en el corazón! ¡Y pensar que él amaba tanto a Gwen! Mas para que no creyeran que él quería casarse por dinero, para rehacer su hacienda maltrecha, sacrificaría su amor.

Aquella noche Barton se presentó en la casa. Tuvo amables solicitudes con Gwen quien, desafiada por la vanidad de Terrence, le dijo ante su hermano y el arruinado capitán:

—Felipe... usted ha estado pretendiendo casarse conmigo, ¿verdad?

—¡Oh, Gwen! Ya sabe usted que esto es mí más grande ilusión.

—Pues bien... haremos una apuesta. Si su caballo gana al mío me casaré con usted. Si yo gano al suyo... seremos dos extraños.

Barton se inclinó y besó la mano:

—“Mala Suerte” ganará a su caballo, señorita. Lo guiará el amor.

—Lo veremos...

Y lanzó una mirada de desdén a Terrence

como si le dijese: “Así contesto yo a tu vanidad.”

Terrence se sintió vivamente impresionado por los celos. Se había resignado a perder a Gwen, dominado por el orgullo, pero que se la llevara aquel miserable Barton... Esto le hacía sufrir.

Y aquella noche, no queriendo continuar en el castillo, prefirió marcharse. Silenciosamente arregló sus maletas y ya iba a partir, después de dejar una carta para Hunsley despidiéndose, cuando Gwen le sorprendió en su intento de huída.

—¿Qué hace usted aquí... a esta hora... y con el equipaje? ¿Se va usted?

—Sí, me voy... Usted ha prometido casarse con Felipe Barton si el caballo de éste gana la carrera... y no puedo consentir eso...

—¡Tonto! — le dijo ella, riendo —. Yo realicé esto por ver si te hacía volver en ti de tu ridículo orgullo. “Buena Suerte” vencerá al caballo de Barton por lo menos diez puntos.

—Esto has hecho? Es verdad. ¡Pero, qué ceguera! ¿Por qué quise dejarte? No, no... yo te quiero... Gwen mía. Seré rico, ganaré dinero en lo que sea... dominaré mi orgullo, pero no consentiré que nadie sea tu dueño... ¡Mi Gwen!...

Y el beso con que mordió sus labios hizo ver que había aplazado su orgullo para dejar paso al impulso soberano del amor.

**

Al día siguiente por la noche, Hunsley comunicó a todos un gran acontecimiento.

Había desaparecido el caballo "Buena Suerte", juntamente con el jockey que debía guiarlo.

Esta noticia causó sensación. Terrence dió muestras de viva indignación. ¿Cómo había podido desaparecer el hermoso animal? Barton tenía una sonrisa enigmática, y Gwen estaba desconsolada, temiendo que su hermoso caballo no pudiese tomar parte en la carrera. Y si no ganaba "Buena Suerte", ella tendría que casarse con Barton, a quien en un instante de ceguera había propuesto una apuesta insensata.

Se organizaron inmediatamente batidas por el parque, buscando a los supuestos ladrones.

Terrence, en sus investigaciones por las avenidas del jardín y junto a las cuadras, vió de pronto a dos hombres que pretendían ocultarse.

El ex capitán logró darles alcance y su sorpresa fué inmensa al encontrarse con su criado Patrick y el jockey Michael.

—¡Vosotros! ¿Pero qué hacéis aquí? ¿Se puede saber?

—¡Oh, señorito! — dijo Patrick —. Queríamos verle de nuevo. Van a jugar, además, nuestros dos antiguos caballos... y deseamos asistir a la carrera.

—Maldita la gracia que me hace que hayáis



— yo te quiero... Gwen mía...

venido aquí los dos. Pero en fin. Mas, ¿no sabéis?, "Buena Suerte", el caballo de Lord Hunsley, que debía correr en las carreras ha sido robado... Por Dios... decidme que nada tenéis que ver en el asunto.

Hicieron tales protestas de inocencia, que

Terrence creyó que sus criados nada tenían que ver en el robo. Además, ¿qué interés reportaba a ellos la desaparición?

—También ha desaparecido el jockey de Hunsley. Estamos rodeados de misterios. Mañana no faltéis a las carreras. Tal vez os necesite... si se encuentra el caballo.

Los dos hombres se alejaron del parque, y Terrence volvió a seguir haciendo indagaciones.

Cuando regresó a la casa le sorprendió la noticia de que "Buena Suerte" había sido encontrado ya...

—“Buena Suerte” vuelve a estar en su establo. Ha aparecido de una manera misteriosa como desapareció — dijo Hunsley.

—¿Y el jockey?

—Este, no. ¿Quién va a montar a “Buena Suerte”?

—Yo puedo proporcionarles a ustedes a mi antiguo jockey Michael. Un buen muchacho, un corredor magnífico.

—¡Aceptado!...

Barton sonreía misteriosamente. Fumaba un cigarrillo y en las espirales azules parecía perseguir una idea...

*
**

Llegó el día del Derby. En este día todos los caminos llevan a un mismo lugar: a las

carreras. Toda la aristocracia asiste al acto que presiden los reyes de Inglaterra.

Los mejores caballos de raza temblaban de impaciencia para comenzar la competición.

Michael, orgulloso, montaba a “Buena Suerte”... Otro jockey, sobre los estribos de “Mala Suerte”, el caballo de Barton, sonreía seguro de la victoria...

Los Hunsley con Barton y Terrence esperaban anhelantes el resultado de aquella lucha que había de decidir algunas cosas... Con todo corazón deseaba Gwen que su caballo triunfase... Le tenía miedo a Barton y se arrepentía de haber dado a éste palabra condicionada de casamiento.

Terrence miraba con odio a Barton. La idea de que éste pudiera casar con Gwen le enloquecía. ¡No... no... este matrimonio no podría celebrarse nunca!

Pero a medida que avanzaba la carrera, “Buena Suerte” iba quedando atrás y “Mala Suerte”, el caballo de Barton, ganaba ventaja. El avance de éste fué positivo, “Buena Suerte” comenzaba a perder terreno.

Y entre la desesperación de Gwen y Terrence y del propio Lord Hunsley, “Mala Suerte”, el caballo de Sir Barton, llegó primero a la meta, seguido a poca distancia del caballo de Gwen...

—Mi caballo ha vencido! — dijo Barton. Terrence, tristemente miró a Gwen. Y ésta,

esclava de su palabra, dijo con melancólica resignación:

—Fué una apuesta ridícula, Terrence... pero di mi palabra... y su caballo gana. Tendré que casarme con Barton.

Este no podía disimular su entusiasmo... y subió al coche junto a Gwen con la alegría del vencedor.

Afligidos, Lord Hunsley y su amigo Terrence siguieron atrás, lamentando aquella apuesta estúpida. ¡Perder a Gwen! — pensaba uno —. ¡Tener por cuñado a un bruto como Barton! — decía Hunsley.

Pero la palabra era la ley... y la ley exigía el sacrificio.

Una hora después, Michael, el jockey, enfurecido por la derrota, volvía el caballo derrotado a la cuadra. Iba al lado del viejo Patrick, igualmente desesperado.

—Eres un malvado, "Buena Suerte" — dijo el jockey acariciando el caballo —. Pero necesito ser otro Connaugthon para quitarte la gloria.

Seguía tocando su cabeza y de pronto retiró la mano, completamente ennegrecida. ¿Qué era aquéllo? Además una gran mancha blanca había dejado su huella en la piel del caballo.

—¿Qué es eso?

Volvío a pasar la mano y la piel comenzó a destenirse apareciendo bajo una capa de pintura el verdadero pelo blanco.

—¡Por Júpiter! — exclamó Michael — ¡pero

si éste no es "Buena Suerte"! ¿Qué transformación es esta? ¿Qué engaño hay aquí?

Escucharon pasos y se ocultaron en un rincón de la cuadra. Vieron llegar un hombre trayendo de las riendas a un caballo. Patrick y Michael reconocieron en el animal al verdadero "Buena Suerte".

El jockey dejó "Buena Suerte" y quiso llevarse el caballo destefido, pero Patrick y Michael cayeron sobre él y le amordazaron.

—¡Ladrón, ladrón... dime la verdad o por Dios que te he de estrangular! ¿Qué es ese cambio de caballos? ¿Por qué tenías tú "Buena Suerte"? Habla. ¿Quién eres tú?

El hombre, bajo la argolla de la asfixia, confesó:

—Yo soy el jockey de Hunsley, pero perdóname, señor, cambié los caballos... mas lo hice obligado por alguien... Yo no tengo la culpa.

—¡Ahora irás a decir esto mismo a tu amo! ¡Miserable!

Y a pesar de sus protestas le obligaron a penetrar en el comedor donde estaban ya reunidos Lord Hunsley, su hermana, Barton y Terrence.

—Este ladrón y canalla nos cambió los caballos — dijo Michael.

Barton palideció, miró a todas partes horrorizado.

—¿Cómo? — dijo Gwen, contemplando a su jockey que tan misteriosamente había desaparecido antes.

—El jockey de Barton corrió con el caballo “Buena Suerte” y a nosotros nos hicieron correr con el suyo, con el “Mala Suerte”, a quien habían teñido con una capa de pintura negra — explicó Michael.



—¿Quién te mandó cambiar los caballos?

La sorpresa se reflejó en los rostros de todos. Barton estaba avergonzado.

—Entonces — dijo Gwen — quien ganó la carrera fué realmente “Buena Suerte” y no el caballo de usted, Barton. Pero, ¿quiere decirme cómo explica usted esto?

—Yo no sé nada, soy ajeno a esa combinación. Todo eso es una mentira de esos hombres...

Terrence intervino.



—Así es como se porta usted, mal caballero?

—Quién te mandó cambiar los caballos? — preguntó al jockey de Hunsley.

El jockey exclamó:

—El señor Felipe Barton, señor. Pero me encargó que sobre todo no dijera nada a nadie. Me dió una gratificación para que desapareciera...

—¡El miserable! — gritó Terrence—. ¿Así es cómo se porta usted, mal caballero?

—Marche usted cuanto antes de aquí y dé gracias a Dios que no le entregue a la justicia — dijo Hunsley.

Y Barton y el jockey traidor se alejaron de allí con la derrota y la vergüenza en el alma. Estaban descalificados para siempre.

*

**

Y unos días después Terrence y Gwen eran novios y olvidando lo pasado se disponían a formar un nuevo hogar donde la felicidad fuese la inseparable compañera. Y Sir Terrence pensaba reconstruir pronto la riqueza perdida de su noble casa de los Connaughton...

F I N

Próximo número:

La emocionante novela

EL PALACIO DE LAS MARAVILLAS

por John Gilbert y Renée Adorée

Otros
Gobernación
de la Provincia

Ediciones
BISTAGNE